

LA VESTIMENTA MASCULINA CAMBIÓ EN CINCUENTA AÑOS

CUANDO el siglo xx comienza la dirección de la moda masculina está en manos de los ingleses. En 1950, esta rectoría prácticamente no existe. Los ingleses la han perdido como tantas otras cosas, pero no lo ha recogido nadie. Puede decirse que en estos momentos la moda masculina es un caos. Las innovaciones introducidas en estos cincuenta años la han perturbado, no la han regulado. Sobre todo en verano, la anarquía de la indumentaria linda ya en lo grotesco y también en lo bochornoso. Ir en mangas de camiseta y con unos pantaloncitos cortos que antes se llamaban calzoncillos y ahora tienen un nombre inglés, es cosa corriente y bien vista, incluso en la alta sociedad. Hoy en día no existe moda masculina, sino malos modos, plebeyez, despreocupación, que a veces se confunde con la desvergüenza. Se dice que de todo esto tienen la culpa los deportes que exigen trajes cómodos y prácticos. Comprendo que para jugar al golf, por ejemplo, estorbe la levita y sobre el sombrero de copa. Pero de ahí a pasearse por la calle disfrazado de máscara deportiva, media un abismo. El del buen gusto.

A principios del siglo xx el rey de la moda masculina era un príncipe: el de Gales, que luego fué Eduardo VII. Formaban su corte el príncipe de Sagan, el marqués de Anglesey, Boni de Castellane, Le Bargy y otros de menor categoría. A Eduardo VII le debemos los pantalones doblados, el no abrocharse el último botón del chaleco; al príncipe de Sagan, el monóculo; al marqués de Anglesey, no le debemos nada, pero él tuvo tantas deudas, que se vió precisado a vender en pública subasta su guardarropa. Total, trescientos trajes de calle, seiscientos chalecos, setenta y tres smokings, ochenta y cuatro levitas, trescientos pares de calcetines, cien de zapatos y luego eche usted ropa blanca, corbatas y demás, en astronómicas cantidades.

Enrique Gómez Carrillo.



Boni de Castellane fué un hombre exquisito que hizo furor en París y se gastó íntegra la enorme fortuna de una norteamericana no muy agraciada, pero riquísima, Ana Gould. El gran actor Le Bargy fué tan famoso como por su arte escénico, por sus pantalones, sus corbatas y sus sombreros.

En España, hacia el 1900, se llevaban la palma de la elegancia el duque Carlos de Alba, el duque de Tamames y los actores Fernando Díaz de Mendoza y Emilio Thuillier. He conocido a estos tres últimos. Verdaderamente eran impecables e impresionantes. Posteriormente tuvimos otro que casi los superó: el conde de la Cibera. Hoy sólo nos queda el actual duque de Alba.

Contemplar a estos hombres era todo un espectáculo. Verlos en el hipódromo, en el teatro, pasar por la calle sentados en sus coches arrastrados por un tronco de caballos magnífico y si se me perdona la comparación tan elegantes como sus dueños, constituía un placer para los ojos. Se llevaban la admiración no sólo de las mujeres, sino de los hombres también.

Al Congreso de los Diputados, todos los llamados padres de la patria iban ataviados de levita y sombrero de copa. Las levitas de don Antonio Maura eran de



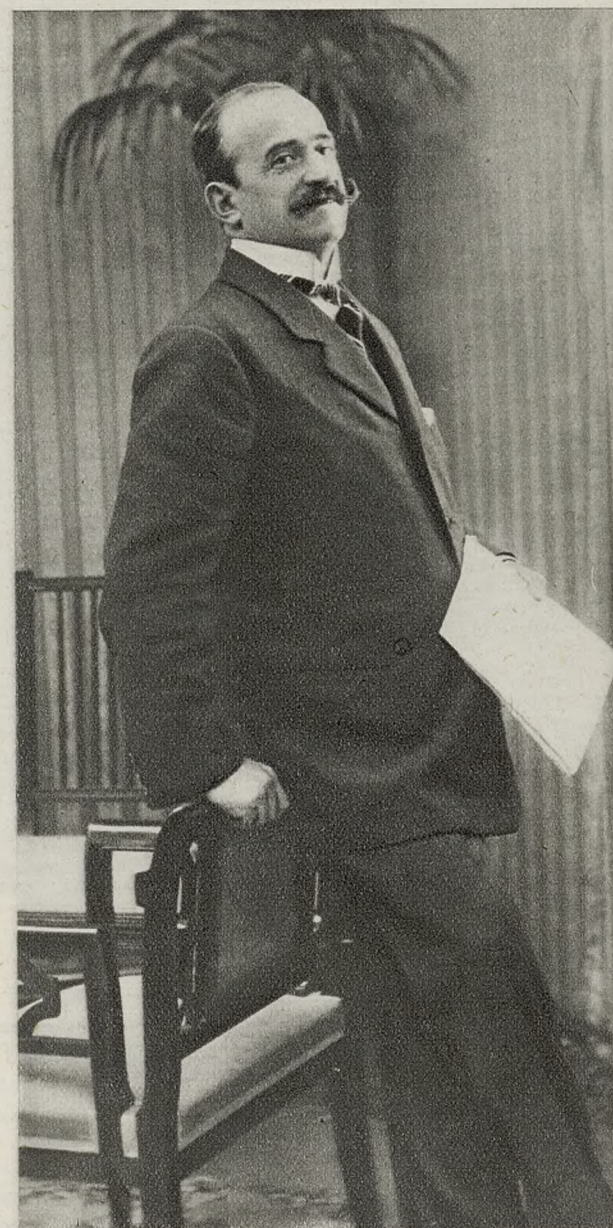
Don Antonio Maura.

un corte irreprochable y él las llevaba con una singular y sencilla prestancia.

Los cuellos de las camisas eran altos y almidonados, así como las pecheras y los puños. Las corbatas sobrias y entonadas. Muchas de plastrón. Los alfileres con

una perla o con dibujos de brillantes, las ennoblecían y embellecían. Botines. Botas de charol, de media caña. Jamás zapatos, salvo en los trajes de etiqueta, el frac y el smoking. Pocos hombres marchaban sin bastón. Sombreros, durante el invierno el hongo en el verano el de paja. Trajes, los invernales generalmente oscuros; más claros y livianos los veraniegos. Tal era, a grandes rasgos, la indumentaria masculina aproximadamente hasta el 1920.

En esa época de la postguerra del 18, empieza la transformación. Ahí principia la decadencia del hongo y el auge del flexible. Ya apenas se ven chisteras más que en bodas, entierros y ceremonias protocolarias. Surge la invasión de los zapatos. Pegan un bajón los cuellos altos y se esfuma el almidón de pecheras y puños. Se mantiene en los cuellos como en un último



El Conde de Romanones.

reducto que al fin se rinde. Desaparecen de sopetón los bastones. Tambaléanse los guantes. Pasan a mejor vida los alfileres de corbata.

Vamos a ir, por partes, comentando todo esto sin meternos en honduras. Comencemos por la cabeza, esto es, por el sombrero. Cuando uno era jovencito —1915— la chistera ya apenas aleteaba en algunas testas de blanco pelo o reluciente calva. Pero el hongo era de rigor. Todo el mundo lo portaba, incluso buena parte del pueblo. Los menestrales gustaban de los de color café con leche que entonaban bien con la capa y con el pañuelo de seda anudado al cuello. El primer hongo que me encasqueté hizo mi felicidad. Me sentí un hombre apoyado en mi bastón y prestigiado por el

hongo. Me sentí algo más. Me sentí don Juan. El hongo es la transición entre el sombrero de copa y el flexible. El hongo era imponente. El hongo era perfecto. Y sin embargo, nunca tuvo buena prensa. Ni aun en sus tiempos de mayor preponderancia se libró del pitorreo. «¡Al del hongo que le pongo!», nos chillaban los chiquilicuatros. Se le calificaba de anti-estético, de ridículo. El hongo ha muerto. ¡Viva el hongo! Pueden ustedes creérmelo. El hongo daba aplomo, seguridad y un poquito de jactancia. Me complace mucho ofrecerle este elogio póstumo que me sale del corazón. El que impuso su difusión fué Eduardo VII y es también este rey de Inglaterra y de la moda el que popularizó el sombrero flexible, aun cuando en España el que lo introduce y lo difunde



El Conde de la Cimera.

fué un transformista italiano llamado Fregoli y de aquí que en la primera época de su uso se le denominara Fregoli. El flexible aún sobrevive en el invierno. ¡Pero cómo se va a comparar con un hongo! El flexible, a su lado es una birria. Un presumido insoportable, con esa ala baja, con la que muchos hombres se creen muy interesantes y hasta hacen sus pinitos de coquetería. ¡Dónde va a compararse tampoco con el fenecido sombrero de paja que valía seis o siete pesetas el mejor e iba uno con él hecho un brazo de mar! En fin, el sinsombrerismo acabó con todos y sólo quedan unos cuantos flexibles para unos cuantos frioleros.

Los que jamás hemos usado levita, chaqué, frac o smoking, no dejamos de reconocer que son prendas bellas y que realzan la línea de aquel que la posee. La levita duerme ya su sueño eterno. El chaqué no sirve más que para que lo casen a uno bien casado; el smoking está reservado para sentirse incómodo dentro de él en las fiestas de gran gala y al frac lo monopolizan los contadísimos elegantes que quedan en el mundo. El traje de chaqueta se ha universalizado de medio siglo acá. Ahí lo tenemos, cada año más caro y sin que nadie se atreva a meterse con él; los atrevimientos se han quedado para los atavíos veraniegos, pero conforme van las cosas, no sería yo el que hiciera un seguro de

vida al traje de chaqueta tal y como lo hemos usado este medio siglo. Muchos son los embates y aun profanaciones que está sufriendo y en una de estas acaba como la levita, en el otro mundo. Y le sustituirá lo que antes he dicho, el caos, la anarquía. ¡Yo te seguiré

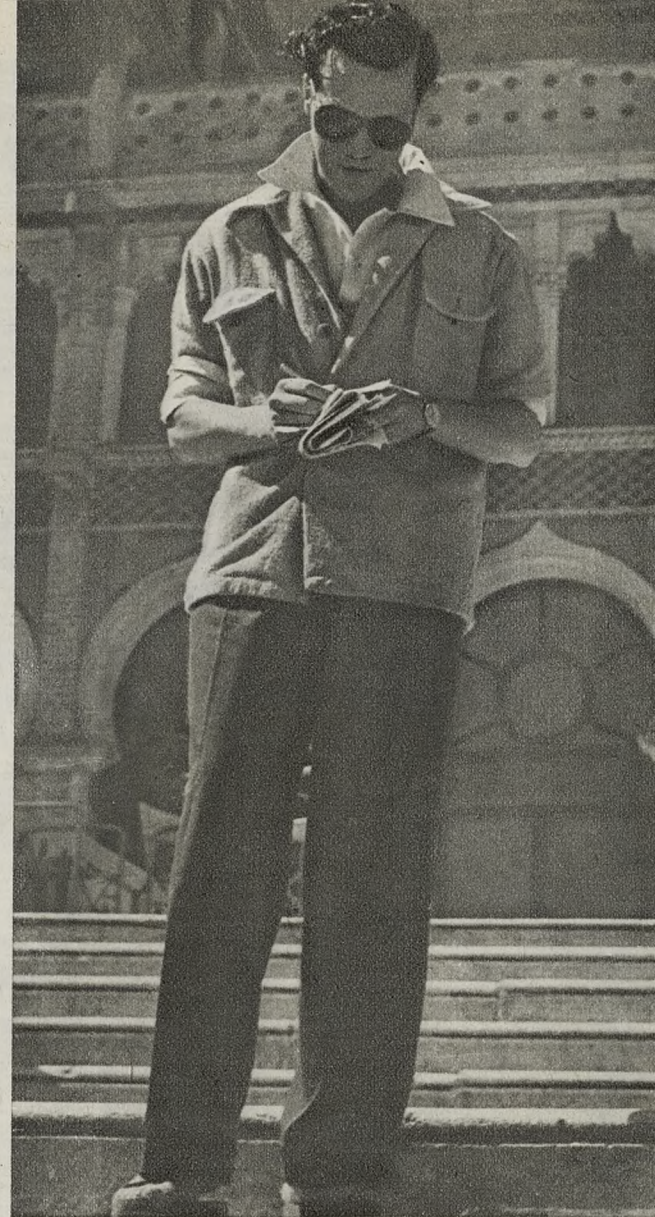


El Duque de Alba.

siempre fiel, traje de chaqueta! Yo, en el mes de agosto, llevo el mismo terno que en el de diciembre. Paso calor, pero me lo aguanto. La seriedad ante todo. Algunos días de esos de cuarenta grados a la sombra, me quito la corbata y voy despechugado. Pero ahí me detengo.

Si bien la miramos, la corbata es absurda. Es un adorno como otro cualquiera y una nota de color. Bien. Concedido. Y lo único que podemos variar en nuestro pergeño. Sí. Desde luego. Pero convengamos en que no viene a qué. ¡Ah, pero hasta hace unos años, la corbata era un adorno, una nota de color, más serio, circunspecto! Lo terrible es que de algunos años a esta parte, también en el reino de las corbatas impera la anarquía. ¡Qué colorines, santo cielo, qué dibujos tan fantásticos y tan horrorosos! Se necesita mucho valor para ponerse una y salir con ella a partir corazones y herir pupilas.

El problema de los cuellos almidonados también ha sido resuelto en contra de su evidente señorío. Porque el cuello almidonado hace señor. Por una razón. Porque se mantiene firme y estirado y correcto y brillante. Sus puntas se apoyan en la camisa con firmeza, no como las de los blandos que a la media hora están arrugadas y aquello no parece un cuello sino un acordeón. Con un cuello duro la corbata se está tan quietecita. Su nudo no desciende, ni se ladea. Se queda en su sitio otorgando a su portador categoría. ¡Oh, pero no es práctico! Aprisiona más que el blando. Es dificultoso de colocarlo prendido por los pasadores a la camisa, la corbata no corre bien por las entretelas. Y el señorial cuello almidonado apenas si aprisiona unas cuantas gargantas verdaderamente elegantes.



Antonio Vilar.

En los cincuenta años del siglo xx, la moda masculina, al igual que la femenina, camina deprisísima a buscar como meta suntuaria el taparrabos. El taparrabos, la hoja de parra tendrá que imponerse si seguimos en el empeño de vestirnos de manera cómoda y práctica. Poco a poco, de 1900 hasta aquí, hemos ido suprimiendo de nuestra vestimenta lo engorroso. Últimamente, este afán se ha llevado vertiginosamente; de no contenerlo—y de ello no hay trazas—retrocederemos a los tiempos de la primitiva humanidad, que a falta de otras refinadas comodidades, no puede negarse que la cuestión de la indumentaria la resolvieron de manera muy práctica y bastante barata.

En los países fríos, los taparrabos ofrecen serios inconvenientes. Mas para eso están los sastres y las modistas. Ya se las arreglarán para idear algo que abrigue sin molestar. Tal vez una especie de hojas de parra colosales que eviten las tiriteras sin necesidad de abrocharse nada.

En estos cincuenta años, el mundo ha pegado un cambiazio morrocotudo. Aún nos esperan muchas sorpresas, con toda probabilidad sumamente desagradables. Mientras tanto, añoremos los tiempos idos. Añoremos el hongo y las levitas, las botas de botones, los alfileres de corbata, la chistera. Añoremos la elegancia y el señorío. ¡Abominemos del ante, zapatos de ante, blusones de ante! ¡Abominemos de los mocasines o como se llamen esos zapatos que antes del ante se llamaban zapatillas, sólo útiles para andar por casa! A la calle, a la sociedad, al mundo, se le ha perdido el respeto. Nos lanzamos a alternar con nuestros semejantes con el desenfadado indumentario que antaño se reservaba para la más estricta intimidad del hogar. El carnaval no existe y ahora, de verdad, todo el año es carnaval. Todas las audacias están permitidas. ¡Ande yo cómodo y riase la gente! Lo malo es que la gente no se ríe. Van muy serios y en el fondo creyéndose unos elegantes. Y lo cierto es, que entre tantas catástrofes producidas en los cincuenta primeros años del siglo xx, una de las más sensibles es el derrumbamiento de la elegancia como norma de la propia estimación y de la ajena.